

ROGER MAGAZINE*

LOS NIÑOS DE LA CALLE EN LA CIUDAD DE MÉXICO: UN MARCO ALTERNATIVO PARA SU ESTUDIO

INTRODUCCIÓN

En los últimos años, el tema de los niños de la calle en la Ciudad de México ha llamado la atención de diversas organizaciones no gubernamentales (ONG) internacionales y locales. De manera general, las ONG conciben a los niños de la calle en términos de una transición que estos sufren al pasar de ser niños con familia, casa y esperanzas de educación y oportunidades laborales a individuos caracterizados por una exclusión social total. En el presente capítulo desarrollo una propuesta alternativa, en la que se conceptualizan las vidas de los niños de la calle considerando la continuidad de patrones culturales y de organización social. Específicamente, propongo que la vida social de las personas conocidas como niños de la calle se encuentra mucho más determinada por los patrones culturales y sociales de sus lugares de origen que por su falta de relaciones familiares, albergue suficiente o trabajo asalariado, tal y como lo suponen las ONG¹.

* Profesor/Investigador y Coordinador del Programa de Posgrado en Antropología Social de la Universidad Iberoamericana, México DF.

¹ Este planteamiento se basa en datos provenientes de un estudio etnográfico realizado en la Ciudad de México durante los años 1995, 1996 y 1997, de un total de dieciocho meses

Presento en primer lugar una descripción sucinta de cómo los trabajadores de las ONG conciben a los niños de la calle y, a partir de ella, paso a desarrollar y aplicar una propuesta alternativa –y sociológicamente más productiva– para el análisis de las vidas de esta categoría de niños.

LOS NIÑOS DE LA CALLE SEGÚN LAS ONG

El personal de las ONG que trabaja la cuestión de los niños de la calle en la Ciudad de México los considera víctimas de una transición, que consiste en el cambio que se produce al pasar de ser niños dentro de una familia, con casa y el apoyo necesario para tener oportunidades escolares y laborales, a niños con ausencia total de todo lo mencionado. Para los trabajadores de las ONG sería dicha transición, y únicamente esta, la que definiría sus vidas. En otras palabras, derivan su concepto de ser *niño de la calle* de su contraste con lo que significa ser *niño de la casa*. En esta noción se origina su concepto de los problemas de los niños de la calle, y de dicho concepto nace una solución para resolverlos.

¿Cómo es –según los trabajadores de las ONG– este niño de la calle definido por unas relaciones de las que carece? Son identificados visualmente por su deterioro físico y vestimenta descuidada, así como por el uso de inhalantes como droga. “Se reúnen a dormir o trabajar” en “puntos de encuentro”, que incluyen coladeras, edificios abandonados, mercados y centros de transporte, para compartir su sufrimiento y soledad en común (UNICEF, 1996: 38). Pero la característica más significativa para los integrantes de las ONG interesados no sólo en identificar a los niños de calle, sino también en definir y posteriormente resolver su problema, es una vida cotidiana que carece de orden social. La siguiente afirmación, de un psicólogo de la Ciudad de México que trabaja para una ONG transnacional, es representativa de las opiniones expresadas por la mayoría de los trabajadores de las ONG en la ciudad:

En la calle, el niño/a o adolescente vive la inmediatez del presente, sin horarios establecidos, duerme cuando le da sueño, busca comida cuando tiene la sensación de hambre, pasa casi todas las mañanas durmiendo y en la noche se desvela, por la dinámica propia de vida en la calle (Hernández Cruz, 1996: 19).

de duración, que se dividió en diversas estafas de investigación. Dicho análisis tuvo como propósito la elaboración de una tesis doctoral en antropología en la Johns Hopkins University de Baltimore, Maryland (ver Magazine, 2000). Incluyó la recolección de datos a través de observación participante y entrevistas semi-formales con trabajadores de ocho ONG y con integrantes de dos bandas de niños de la calle. Agradezco a la fundación Wenner-Gren, la fundación Fulbright y la Universidad Iberoamericana el apoyo económico que hizo posible el trabajo de campo y el análisis de los datos.

Desde el punto de vista de los integrantes de las ONG, los niños supuestamente viven siguiendo un orden biológico que recuerda al hombre salvaje, en contraste con todo lo que representa lo civilizado; ello ocurre porque carecen de las relaciones necesarias que definen el orden social, tales como las de una familia, la escuela o el trabajo.

LA SOLUCIÓN QUE PROPONEN LAS ONG

El objetivo de las ONG con respecto a los niños de la calle consiste, precisamente, en devolverles estas relaciones sociales de las que carecen. Si es posible, buscan reintegrarlos a sus familias, que guiarán su reintegración con el resto de la sociedad por medio de la escuela y el trabajo. Si la familia no es una opción viable, intentan reintegrarlos en la sociedad individualmente, ayudándolos a encontrar trabajo y un lugar para vivir. Sin embargo, ya que el niño de la calle ha perdido sus hábitos y disciplina social, esta reintegración no resulta tan fácil. Requiere, en primer lugar, un reacondicionamiento a la vida social en el contexto controlado de la casa-hogar. Así lo refiere el trabajador antes mencionado:

Para su desarrollo, por lo tanto, necesitan una estructura en su vida, que incluye horarios y estilos de vida. El niño/a o adolescente no sólo debe manejar horarios, sino también hábitos, socialización. Para ello se le va preparando a partir de pequeñas acciones: hay una hora para levantarse, para acostarse, para bañarse, etc. A través de todo el proceso, el niño/a o adolescente va adquiriendo los hábitos que más tarde le proporcionarán la oportunidad de adentrarse en el seno familiar, o realizar una vida de manera independiente (Hernández Cruz, 1996: 19).

Los trabajadores de las ONG han observado que este método no siempre funciona y muchas veces los niños regresan a la calle después de su estancia en la casa-hogar. Por lo tanto, agregan que este reacondicionamiento debe ser un proceso gradual, ya que el niño tiene una *adicción a la vida de la calle* y, consecuentemente, no puede abandonarla con tanta facilidad. Si intenta lograrlo demasiado rápido, se frustraría con sus fracasos y dejaría de intentarlo, volviendo nuevamente a la calle. Afirman que si el niño lleva más de un año en la calle, esta *adicción* es tan fuerte que resulta casi imposible sacarlo de allí y cambiar su vida.

Si el reacondicionamiento es exitoso, los trabajadores de las ONG pueden entonces ayudar a los niños a ser *los protagonistas de su propia historia* y a lograr lo que verdaderamente quieren: regresar a sus familias y a la sociedad. Dicho proceso se encara a través de terapia individual y familiar. Además, enseñan a los niños las habilidades y la disciplina de trabajo necesarias para ingresar a la sociedad como ciudadanos productivos. En algunos casos aun intentan enseñar a los niños cómo ser buenos ciudadanos políticos, ayudándolos a organizarse en grupos para

demandar el respeto de sus derechos humanos por parte de la policía y el Estado en general. Con estos esfuerzos, buscan una inversión de la mencionada transición de *niños de familia* a *niños de la calle*.

UNA PROPUESTA ALTERNATIVA

Resulta difícil negar la existencia de una transición de la vida familiar a la vida en la calle tal como sostienen las representaciones de las ONG. Existen personas que cortan las relaciones con sus familias, que carecen de albergue y no cuentan con un trabajo socialmente aceptable. No dudo que, para las personas que trabajan en cuestiones de vivienda, integración familiar y desempleo, esta transición y sus resultados sean de vital importancia, ya que para ellos las consecuencias de esta transición definen sus objetivos profesionales. No obstante, a la hora en que los trabajadores de las ONG recurren a esta transición para explicar cualquier aspecto de las vidas de los niños de la calle, surge un problema, ya que suponen que la transición y la consiguiente ausencia de relaciones familiares definen las vidas de los niños de la calle de manera totalizante. Como alternativa, planteo la necesidad de dejar atrás la suposición de que lo que define a estas personas es su falta de relaciones familiares y de entender sus vidas a través de la investigación empírica. Además, siguiendo el ejemplo de algunos otros estudios sobre el tema, hago hincapié en la necesidad de interpretar los datos empíricos dentro del contexto cultural y social local en el que viven los mismos niños de la calle.

Abordo cuatro puntos en el presente apartado. En primer lugar, apoyándome en los argumentos desarrollados recientemente en estudios de los niños de la calle en otras partes del mundo, planteo una propuesta alternativa para el estudio de los niños de la calle de la Ciudad de México. Luego describo la llegada a la ciudad de los niños de la calle y la ruptura con sus familiares, lo que nos permitirá considerar sus acciones como parte de un patrón común de migración en México y no como un hecho excepcional o trágico, como lo pintan los trabajadores de las ONG. En tercer lugar, destaco la importancia de la institución social conocida como la *banda* para entender las vidas de los niños de la calle. En cuarto y último término propongo que la banda, más que una respuesta a los problemas de supervivencia en la ciudad, es una innovación de los mismos niños de la calle que tiene sus raíces en algunas instituciones y prácticas sociales de sus comunidades rurales de origen.

SUPERANDO EL ETNOCENTRISMO: ESTUDIOS RECIENTES SOBRE LOS NIÑOS DE LA CALLE

Varios trabajos antropológicos y sociológicos recientes llevados a cabo en América Latina y otras partes del mundo han criticado la manera en

que las ONG, el gobierno, los periodistas y otros representan a los niños de la calle (Aptekar, 1988; Ennew, 1994; Glauser, 1990; Hecht, 1998; Kilbride et al., 2000; Márquez, 1999; Nieuwenhuys, 2001; Scheper-Hughes y Hoffman, 1997; Taylor y Hickey, 2001). Estos trabajos han señalado que las organizaciones de asistencia ven a los niños como si estuvieran “fuera de lugar” en las calles (Scheper-Hughes y Hoffman, 1997) y, por ello, como sujetos que necesitan de la ayuda de adultos para retornar al lugar donde deben estar. Plantean que estas posturas suponen e imponen una concepción occidental moderna de la niñez y el lugar apropiado de los niños en la sociedad. Esta concepción se basa en la idea de que los niños son “receptores pasivos de la cultura adulta” (Hecht, 1998: 93) a través de la crianza y la socialización, y que existen naturalmente como objetos (Magazine, 2000) sin “agencia humana” (Hecht, 1998: 122).

Tal noción de los niños como simples “objetos pasivos” de la acción adulta implica que su lugar apropiado sea en casa o en la escuela, bajo la supervisión, cuidado y tutoría de un adulto, sin los cuales se revierten automáticamente hacia un estado natural o pre-social (Ennew, 1994: 411). Los críticos referidos sostienen que estas suposiciones justifican el trabajo de las organizaciones que proporcionan asistencia a los niños de la calle, pero que pocas veces les proveen de la ayuda que estos niños desean. También destacan que tales concepciones revelan más sobre los mismos trabajadores de asistencia que sobre las vidas reales de los niños de la calle (Glauser, 1990; Hecht, 1998).

Los mismos críticos proponen como alternativa la necesidad de tomar en cuenta las nociones culturales locales de la niñez y las prácticas locales de la organización social y circunstancias económicas locales, lo que nos conduce a constatar que estos niños no están necesariamente fuera de lugar o ajenos a lo social. Por ejemplo, en el caso de Colombia, Aptekar (1988) ha destacado que cuando los niños/adolescentes están en las calles de hecho están viviendo una etapa en el ciclo doméstico de la familia afrocolombiana, que sirve para el aprendizaje de las habilidades de supervivencia independiente que continuarán utilizando durante su vida adulta.

Por su parte, Hecht (1998) ha sostenido que los residentes urbanos pobres de Brasil, tanto adultos como niños, conciben a la niñez como un tiempo para ayudar a sus madres y hermanos menores contribuyendo a la economía familiar. Argumenta, además, que los intentos de las organizaciones de asistencia por sacar a los niños de las calles, en lugar de protegerlos, en realidad estorban sus esfuerzos por contribuir a la economía familiar y ponen en peligro las relaciones con sus parientes. De manera similar, Kilbride et al. explican que “los arreglos para dormir entre los niños que viven en las calles de Nairobi son versiones modificadas de patrones indígenas de la comunidad, de tratos domésticos, y de valores culturales familiares en circunstancias de cambio” (2000: 34).

En el presente trabajo, sigo la pauta de los referidos autores y contextualizo a los niños de la calle de la Ciudad de México dentro de patrones sociales y culturales locales. De manera más específica, planteo que la migración urbana sin el acompañamiento de adultos no es una anomalía, sino un patrón generalizado. Propongo, además, que la organización en *bandas* de los niños de la calle, en vez de representar una ruptura con lo social, reproduce aspectos sociales y culturales característicos de sus lugares de origen².

JÓVENES MIGRANTES EN LAS CIUDADES: UNA EXPLICACIÓN ALTERNATIVA

Luis Aptekar (1988) y Tobias Hecht (1998) han mostrado, en diversos lugares en América Latina, que el abuso por parte de los padres no es la única razón por la cual los hijos de familias pobres salen de sus casas. De acuerdo con estos autores, la salida de niños y jóvenes de entre 9 y 18 años de edad de sus casas para dirigirse a centros de ciudades grandes con la finalidad de trabajar es una necesidad para la supervivencia de la familia y para la propia estima de los hijos. A través de tal acción, ayudan a sus padres y hermanos pequeños de dos maneras: primero, debido a su ausencia, disminuyen los gastos familiares; y segundo, de tener éxito, pueden llegar a ganar suficiente dinero como para vivir y enviar algo a su familia. Los trabajos de otros investigadores sugieren que existe un mismo patrón en el México rural (Melhuus, 1992; Ramírez Sánchez, 2003). En mis entrevistas, la mayoría de los informantes mencionaron el objetivo de buscar trabajo y ayudar económicamente a sus familias como una de las razones principales por las cuales habían migrado a la ciudad.

De este modo, si la migración de los hijos de una familia es una respuesta a su difícil situación económica, los trabajadores de las ONG tienen razón cuando atribuyen el fenómeno de los niños de la calle a la presión económica. Sin embargo, no alcanzan a ver que, en la mayoría de los casos, la salida de los hijos forma parte de una estrategia familiar y no de un acto individual en contra de su familia, como se ha supuesto.

Con esta explicación alternativa no pretendo afirmar que estos hijos nunca hayan sido víctimas de abusos por parte de sus padres, sino que este factor no resulta suficiente para explicar sus salidas. Además, no es mi intención negar la existencia de rupturas en las relaciones entre los hijos y sus padres. Estas rupturas sí ocurren, y son lo que distingue a los individuos conocidos como *niños de la calle* de otros migrantes jóvenes

2 Tal como he mostrado en otro trabajo (Magazine, 2006), también existen parejas con hijos entre los “niños de la calle”. Su forma organizativa reviste importantes similitudes con el sistema familiar mesoamericano que ha sido descrito en comunidades rurales de México (ver Robichaux, 2002; 2005b).

que se desplazan al centro de la ciudad (Hecht, 1998; Magazine, 2000). No obstante, tal ruptura no tiene relación con la salida de la casa, la cual, como indicara, sirve para fortalecer las relaciones familiares dando al hijo una oportunidad de ayudar a la familia; por lo tanto, la ruptura no tiene origen en problemas económicos familiares. Más bien, la ruptura ocurre después, cuando el joven ya está viviendo en la calle y deja de preocuparse por el bienestar de su familia (Hecht, 1998). Casi todos los niños de la calle pertenecen al tipo de migrante que primero sigue un patrón común de migración y, una vez en la ciudad, deja de preocuparse por el bienestar de sus padres y hermanos.

LA BANDA COMO OBJETO DE ESTUDIO

A lo largo de mi tarea de investigación, he podido observar que, cuando estos jóvenes migrantes se encuentran en la ciudad, varias importantes relaciones sociales guían sus acciones. Existe, en particular, un conjunto de relaciones –o, en otros términos, una institución social– que ejerce una gran influencia en sus vidas; una institución que ellos mismos denominan la *banda*. De acuerdo con mi propuesta, resulta más fructífero desde la perspectiva de un estudio antropológico tomar como objeto de estudio la banda que el niño de la calle individualmente. Las personas que consideré únicamente como niños de la calle al iniciar la investigación etnográfica fueron las mismas que finalmente entendí como integrantes de distintas bandas.

Mi trabajo se enfocó en el estudio de dos bandas que se encontraban en los alrededores del área de la estación de ferrocarriles de la Ciudad de México durante el tiempo en el que llevé a cabo mi tarea. Una de ellas se llamaba “la banda de Ferrocarriles” o “Ferro”, porque sus integrantes habían vivido en la estación de ferrocarriles hasta el momento de ser expulsados, dos años antes del comienzo de mi investigación. La otra banda era conocida como “la banda del Dico”, ya que los integrantes vivían en un edificio semidestruído a causa de un incendio, ubicado a un costado de la mueblería llamada Dico y frente a la estación de ferrocarriles. Durante mi trabajo de campo, la banda de Ferro estaba en un proceso paulatino de disolución. Contaba con menos de veinte integrantes, menos de la mitad del número que alcanzó cuando estaba en la estación de ferrocarriles. Retomaré este aspecto del proceso de disolución más adelante. En contrapartida, la banda del Dico tenía alrededor de cincuenta integrantes y estaba experimentando un proceso de crecimiento durante mi trabajo de campo.

Encontré que varias prácticas y relaciones surgen frecuentemente en asociación con la banda, aunque ninguna de ellas resulta esencial para su existencia continua. Además, el derecho de pertenecer a la banda no depende de la participación en dichas actividades. Por ejemplo, es co-

mún que los integrantes de las bandas duerman en el mismo lugar; sin embargo, esta actividad no es crucial para ser parte del grupo. Mientras casi todos los integrantes de la banda del Dico duermen juntos, desde que los integrantes de la banda de Ferro debieron salir de la estación de ferrocarriles han dormido aparte o en grupos más pequeños en diversos lugares. Para los trabajadores de las ONG, el hecho de que los niños duerman juntos en la calle es necesario para incluirlos en la categoría de niños de la calle. En cierta oportunidad, cuando mencioné a un trabajador de una ONG que algunos integrantes de la banda de Ferrocarriles dormían en un cuarto o departamento en los márgenes de la ciudad con su esposa e hijos y que venían diariamente al centro para estar con la banda, me dijo que yo estaba hablando de otro fenómeno y no de los niños de la calle. Su respuesta es indiscutible si se considera su definición de niño de la calle; sin embargo, el hecho de que su categoría incluya a algunos miembros de la banda de Ferro y no a otros revela que deja de lado una institución social que reviste vital importancia en las vidas de todos los miembros. Por lo tanto, su categoría resulta útil para abstraer a un grupo de personas que requieren albergue socialmente aceptable, pero no para conceptualizar relaciones y procesos sociales.

También es común que grupos de dos a cuatro integrantes de la misma banda busquen obtener dinero juntos. Por ejemplo, ocupan la misma esquina para limpiar parabrisas y, aunque normalmente se trata de una labor individual, en ocasiones dos de ellos limpian juntos y comparten el dinero que reciben. Otra actividad que desarrollan para obtener dinero es la que llaman *el talón*, que consiste en caminar por la calle pidiendo dinero³. Al igual que la actividad anterior, piden individualmente lado a lado, aunque a veces unen sus esfuerzos y rodean a su donante/víctima para intimidarlo. El robo, otra actividad principal de ganancia, casi siempre involucra como mínimo a dos miembros de una banda. Uno toma a la víctima por detrás, sosteniéndola por el cuello, y el otro le quita el dinero. Respecto de todas estas actividades, es importante aclarar que las ganancias pertenecen al individuo o la pareja que realiza el esfuerzo y nunca a la banda. En otras palabras, no entregan sus ganancias a la banda o a un líder para gasto común o redistribución, como reporta Luis Aptekar (1988) para el caso de bandas de niños de la calle en Colombia.

Otra actividad que surge en asociación con la banda es la pelea. En mi trabajo de campo he observado y escuchado acerca de peleas entre dos

3 Los individuos distinguen entre el talón y pedir limosna, insistiendo en que con el talón buscan donaciones voluntarias, ya que ellos son capaces de trabajar, mientras que pedir limosna es una actividad de los discapacitados que obliga a una donación. Así, representan al talón como una actividad no vergonzosa, ya que no reciben dinero por piedad. Sin embargo, he observado que en el talón sí se producen situaciones en las que intentan provocar lástima o miedo para conseguir donaciones.

integrantes de la misma banda, entre un integrante de la banda de Ferro y uno de la del Dico o en grupo en contra de las bandas *de casa*⁴, que se asocian con uno de los barrios residenciales en la parte de la ciudad donde realicé la investigación. Las peleas dentro de la misma banda y entre un integrante de una banda y otro de otra siempre tienen algo en común: involucran sólo a un par de personas. Cuando un integrante de la banda del Dico pelea contra uno de la de Ferro, los otros integrantes de cada banda apoyan moralmente a su compañero y los separan en caso de que este se encuentre en peligro. No obstante, la pelea no es vista como una reyerta entre bandas. Estas peleas entre individuos surgen de conflictos individuales acerca de mujeres, drogas y otros asuntos comunes entre bandas y nunca de conflictos territoriales. En contraste, una de las funciones de las bandas de casa es la de pelear en conjunto para defender un territorio. Por lo tanto, no resulta sorprendente que, interpretando mal a las bandas de calle, aquellas las vean como una amenaza colectiva a su territorio. A menudo, las bandas de casa atacan a los integrantes de las bandas del Dico y de Ferro, aunque la intención de estos últimos no es la de controlar el territorio. Los integrantes individuales de las bandas de calle pueden huir de estas peleas sin arriesgar su integración en la banda, mientras que los miembros de las bandas de casa suelen seguir una ley que obliga a todos a pelear si uno pelea.

Como he mostrado, existen varias actividades que suelen incluir a varios miembros de la misma banda; sin embargo, la participación en estas no determina quién es incluido en la banda y quién no. Ello se define por la participación en un conjunto de actividades que ellos categorizan como *el desmadre*⁵ y que yo representaré como actividades de gasto individual conspicuo para el consumo común en contextos de ocio. Más concretamente, me refiero a la compra de cervezas, una cubeta de pulque⁶ o una lata de inhalante para el consumo común de todos los integrantes presentes de la banda. Con la expresión *gasto individual conspicuo* quiero significar que los participantes aportan y gastan su propio dinero y no el dinero de la banda, y que es reconocido quién está gastando y quién no. Cuando hablo de *consumo común* me refiero a que todos los participantes tienen

4 Los integrantes de las bandas de Ferro y del Dico usan el término banda de calle para describir sus propios grupos y emplean el término banda de casa para referirse a los grupos de jóvenes que viven con sus familias en los barrios residenciales.

5 Jóvenes de varias clases y grupos sociales de la Ciudad de México utilizan esta palabra al referirse a los mismos tipos de actividades: tomar alcohol o drogas, burlar o bromear animadamente, etc. Sin embargo, participar de ellas puede tener diferentes significados, requisitos y resultados en distintos contextos sociales.

6 Una bebida alcohólica que se obtiene haciendo fermentar el aguamiel, producto que proviene de la planta magüey. En 1996, una cubeta de aproximadamente 4 litros costaba 15 pesos mexicanos –el equivalente a 2 dólares– en una pulquería (cantina donde se vende el pulque).

el mismo derecho a consumir la misma cantidad independientemente de su aporte al gasto. Además, aunque el gasto es individual, es obligatorio. Los integrantes se presionan unos a otros para gastar con ellos en ese momento todo el dinero que traen. En ocasiones deben mostrar los bolsillos vacíos para que se los deje de molestar.

Aunque el gasto es obligatorio, y supuestamente todos salen con la misma cantidad de dinero, la práctica no está dirigida hacia la nivelación social. Por el contrario, quienes gastan obtienen un prestigio en relación con quienes no gastan o gastan menos. Este prestigio los convierte en líderes informales de la banda. En dicho carácter, por ejemplo, pueden mandar a los otros a traer cigarros o tortillas mientras están bebiendo en una pulquería. Sin embargo, aunque el prestigio de haber gastado puede extenderse más allá de la actividad, no cambia la igualdad formal entre los integrantes de la banda, y nunca se establecen posiciones de liderazgo institucionalizadas o permanentes.

Aun si sólo algunos de los integrantes de una banda juntan dinero específicamente para participar en este tipo de actividad, cuando deciden empezar, todos los integrantes presentes serán obligados a participar. A veces, un integrante individual puede no participar, evitando físicamente a los integrantes de la banda cuando supone que comenzarán con dicha práctica. Así intentan ahorrar dinero o gastarlo en otra cosa. Cuando un integrante rechaza seguidamente invitaciones a participar o evita la participación por un período prolongado, pierde poco a poco su aceptación por parte de la banda y sus integrantes. Esta ruptura de relaciones suele darse cuando el individuo desea que suceda; normalmente porque quiere gastar su dinero en otras cosas para fomentar otro tipo de relaciones. Puede darse el caso de que desee invertir en ropa nueva con la esperanza de encontrar un trabajo y luego poder rentar un cuarto, o que quiera dar más gasto a una esposa e hijos. El primer gasto supondrá fortalecer una relación con un empleador, mostrando un deseo de dedicarse a la movilidad social a través de un compromiso de disciplina laboral. El segundo implica fortalecer relaciones con una esposa e hijos, pidiendo a su vez algo a ellos, posiblemente alguna forma de amor; a cambio de apoyo económico.

La banda, tanto como estos otros tipos de organización social, demanda un intercambio para mantener las relaciones; así, los límites de tiempo y dinero significan que el esfuerzo requerido para mantener unas relaciones agotan los recursos que podrían haber fortalecido otras.

Aunque la banda no exige que sus miembros duerman, trabajen y coman con esta en lugar de otras personas, como esposas, hijos y empleadores, resulta menos probable que tengan otros gastos cuando desempeñan estas actividades con otros miembros de la banda. Cuando un integrante empieza a desempeñar estas actividades con otra gente, frecuentemente comienza a romper sus relaciones con la banda. En el caso de la banda de Ferro, esta inició su proceso de disolución después

de perder su albergue común en la estación de trenes, y así varios de los miembros comenzaron a formar otras relaciones y vivir con esposas, amigos y hombres homosexuales. En contraste, el edificio abandonado ocupado por la banda del Dico durante el mismo tiempo proporcionó una situación ideal para el fortalecimiento de las relaciones de la banda.

De los datos presentados hasta ahora se desprende que el contexto analítico de una transición hacia una situación caracterizada por la falta de relaciones con los padres y carencia de albergue y trabajo socialmente aceptable no resulta suficiente para explicar las prácticas de estos niños de la calle. Más bien, debemos entender sus acciones en el contexto de su integración en la banda y otros conjuntos de relaciones como las familiares y laborales. Sin embargo, todavía es necesaria una explicación global de la existencia de la banda. Más específicamente, se requiere contemplar por qué la banda demuestra las características particulares que acabo de describir y por qué sus integrantes se relacionan de esta manera.

Algunos autores que identifican grupos entre los niños de la calle en otros países de América Latina proponen que estos son producto de la ciudad y que surgen para resolver los problemas de supervivencia en este nuevo contexto (ver, por ejemplo, Aptekar 1988; Márquez, 1999). Reconociendo que los integrantes de las bandas de la Ciudad de México se ayudan entre sí a encontrar lugares para dormir, adquirir dinero y defenderse, podríamos entonces arribar a la misma conclusión: que las bandas han surgido como respuesta al problema de supervivencia en la ciudad. Sin embargo, si su función consiste en la supervivencia de sus integrantes, resulta difícil comprender por qué la actividad esencial de la banda es el gasto de dinero en alcohol y droga. Si bien esta actividad al menos atenúa la soledad de los miembros, no es posible explicarse por qué sus relaciones tomaron esta forma en particular.

Pero si la institución de la banda no surgió como respuesta a condiciones nuevas en la ciudad, ¿de qué otra manera puede fundamentarse su aparición en varias partes de la ciudad al mismo tiempo? En el siguiente apartado demostraré que, aunque puede resultar riesgoso intentar entender el proceso del surgimiento de una institución a través de una exploración de sus prácticas y funciones reales, un cuidadoso examen de estos elementos puede brindarnos pistas útiles para reconstruir tal proceso.

LA BANDA EN EL CONTEXTO CULTURAL MESOAMERICANO

Ya que la interpretación de una respuesta original a condiciones nuevas parece incorrecta, deberíamos preguntarnos si los migrantes trajeron con ellos la institución o, al menos, pautas culturales necesarias para su formación desde su lugar de origen. Aunque por lo general los migrantes que van del campo a la ciudad y de un país a otro suelen hacerlo junto con parientes o miembros de una misma comunidad, también se conocen

casos en los que las personas migran individualmente a lugares donde buscan gente desconocida pero de la misma región, con la que forman relaciones basadas en un patrón cultural derivado del lugar de origen. La gente conocida como niños de la calle parece entrar en esta categoría de migrantes. La mayoría de ellos llega de pueblos y ciudades pequeñas en el centro, sudeste y sur de México, parte del área conocida por los antropólogos como Mesoamérica⁷. Vienen solos o en grupos pequeños, pero circulan por los mismos lugares en la ciudad –terminales de transporte, mercados, etc.– donde se juntan. Al menos en los últimos años, se encuentran en estos lugares bajo una política del Estado local que provee bastante libertad, brindándoles la oportunidad de crear relaciones derivadas de patrones culturales comunes de sus lugares de origen y adaptadas a las nuevas circunstancias de la ciudad.

Las similitudes entre la institución de la banda y una institución de la Mesoamérica rural apoyan la interpretación de que la banda no es un producto de la ciudad sino la adaptación de una pauta cultural del campo trasladada a la ciudad. La institución a la que me refiero es la comunidad indígena mesoamericana, también denominada por el antropólogo Eric Wolf (1955; 1957) como *comunidad campesina corporativa cerrada*. Aunque estas comunidades y sus rasgos sociológicos han sido un tema de debate antropológico por casi cincuenta años, es posible destacar una característica en particular que se mantiene como constante en casi todo lo escrito sobre ellas. Se trata del hecho de que ser miembro de la comunidad implica la participación en *cargos*, y que la continuidad de la comunidad depende de la participación continua de familias individuales en dichos cargos (Cancian, 1976)⁸.

Los cargos consisten en el patrocinio de un proyecto o ceremonia comunitarios. Unos de los cargos más importantes, por ejemplo, son las mayordomías que implican el patrocinio de fiestas religiosas, incluyendo la fiesta anual del santo patrón de la comunidad. Los miembros de la comunidad se obligan unos a otros a tomar cargos conmensurados con su capacidad económica. Por lo tanto, estas prácticas limitan la acumulación

7 Una área cultural en donde se desarrollaron sociedades estratificadas en la época prehispánica y que incluye poblaciones de la zona central, sudeste y sur de México, Guatemala, Bélice, El Salvador y regiones de Honduras, Nicaragua y Costa Rica.

8 En contraste con este planteamiento, claramente conceptualizado por el antropólogo Frank Cancian (1976), Wolf propone que la continuidad de la comunidad corporativa cerrada mesoamericana depende del mantenimiento de la producción agrícola campesina dirigida primariamente hacia la subsistencia, y predice la desaparición de las comunidades con la modernización e industrialización del país (Wolf, 1955; 1957). Sin embargo, en algunos casos, las comunidades y sus sistemas de cargos han sobrevivido y aun florecido bajo procesos de modernización e industrialización (ver, por ejemplo, Robichaux, 1994; 2004; 2005a), sugiriendo que el destino de la institución sí está relacionado con el factor productivo, aunque no depende completamente de ello.

de dinero y otros bienes en el plano de las familias individuales (Wolf, 1955; 1957; Nash, 1958). Sin embargo, el gasto es un acto conspicuo que, más que cualquier otra actividad, confirma la integración comunitaria y otorga prestigio a los encargados (Cancian, 1976; Carrasco, 1961).

Espero que a través de las descripciones de la banda y la comunidad indígena/campesina con su sistema de cargos hayan quedado evidenciadas las similitudes entre las dos instituciones. De cualquier forma, enfatizaré la correspondencia más importante: la integración en las dos instituciones se basa en un gasto conspicuo individual y obligatorio en bienes para consumo y beneficio comunes. Y en ambos casos, si alguien rehúsa participar y gastar en estas actividades, deja de ser aceptado plenamente como miembro del grupo o la comunidad. Considerando que la mayoría de los integrantes de las bandas provienen de comunidades de este tipo y que los demás proceden de colonias urbanas pobladas por migrantes recientes –al menos, familiarizados con esta institución–, parece probable que la comunidad sirva como modelo para la formación de la banda. Obviamente, la versión original ha experimentado varias alteraciones en el contexto de la ciudad. Aquí los integrantes de la banda se encuentran abstraídos de la gente, lugares y todo el resto del contexto específico de su experiencia previa. Por lo tanto, lo que encuentran en común y lo que pueden reproducir en la ciudad es una versión de la comunidad indígena/campesina completamente desnudada, sin cargos formalizados, fiestas específicas, santos patronos y otras particularidades tradicionales.

CONCLUSIONES

En este trabajo he señalado las limitaciones en las explicaciones que brindan los integrantes de las ONG de la Ciudad de México para el fenómeno de los niños de la calle. He destacado que emplean un concepto de niño de la calle basado únicamente en una transición de la integración familiar de la casa a la exclusión familiar de la calle. En consecuencia, terminan por representarlos como seres completamente *des-socializados* y *des-culturalizados*, guiados y motivados exclusivamente por impulsos fisiológicos. Aun cuando estos trabajadores toman en cuenta las relaciones sociales de los niños de la calle, continúan suponiendo que la exclusión social define sus vidas y, por lo tanto, concluyen que sus relaciones deben ser una respuesta a esta exclusión, creadas para enfrentar juntos la soledad de la vida en la calle.

En contraste, siguiendo el ejemplo de los investigadores del tema en otros lugares, he propuesto que estas interpretaciones surgen de una noción preconcebida y etnocéntrica de la niñez, que ve a los niños como seres social y culturalmente incompletos y plenamente dependientes de los adultos. En el marco alternativo que he desarrollado, se resalta la importancia de los contextos culturales y sociales locales, lo que de-

muestra al menos dos cosas importantes para el entendimiento de las vidas de los niños de la calle en la Ciudad de México. En primer lugar, su migración a centros urbanos a temprana edad es consistente con un patrón de migración general observado en muchas zonas del México rural. Esta consistencia indica que la presencia en la ciudad de niños sin sus padres no es necesariamente un problema ni una anomalía, sino que forma parte del funcionamiento social usual de muchas comunidades rurales. Segundo, esta perspectiva apunta a que, incluso cuando los jóvenes migrantes cortan relaciones con sus familias al llegar a la ciudad, no entran en un vacío sociocultural y menos aún requieren un proceso de socialización, como sugieren los trabajadores de las ONG. Más bien, varias instituciones sociales, pero una en particular, la *banda*, resultan esencialmente importantes en la determinación de las vidas de los niños de la calle en la ciudad.

Además, una comparación entre su organización en bandas y la comunidad indígena/campesina mesoamericana de su lugar de origen nos sugiere que la primera es una recreación de la última en el nuevo contexto de la ciudad. La banda no es simplemente una respuesta de los niños de la calle al supuesto vacío social y el problema de supervivencia que encuentran, puesto que ellos nunca dejan de constituirse como seres sociales. Esta noción de que la banda es una recreación de elementos sociales de la comunidad de origen no sustituye, desde luego, el estudio etnográfico cuidadoso de las bandas. Sin embargo, revela la necesidad de situar el estudio de estos grupos dentro del contexto sociocultural apropiado, y de no suponer para los niños de la calle un contexto de ruptura total con sus pasados sociales y culturales.

Mientras estas explicaciones alternativas tienen valor antropológico o sociológico en sí, también constituyen la primera etapa en la realización de otros objetivos. Obviamente, un entendimiento más preciso de la situación actual es indispensable para la formulación de políticas sociales efectivas. Además, una mejor conceptualización del proceso de surgimiento de estos grupos es necesaria para llevar a cabo comparaciones con los niños de la calle de otros países y ciudades, que nos permitan comprender con mayor precisión las circunstancias que propician o inhiben la persistencia de rasgos sociales y culturales de los lugares de origen en los nuevos contextos.

BIBLIOGRAFÍA

Aptekar, Lewis 1988 *Street children of Cali* (Durham: Duke University Press).

- Cancian, Frank 1976 *Economía y prestigio en una comunidad maya: el sistema religioso de cargos en Zinacantán* (México DF: Instituto Nacional Indigenista/Secretaría de Educación Pública).
- Carrasco, Pedro 1961 "The civil-religious hierarchy in Mesoamerican communities: pre-Spanish background and colonial development" en *American Anthropologist* (Washington DC) Vol. 63.
- Ennew, Judith 1994 "Parentless friends. A cross-cultural examination of networks among street children and street youth" en Nestmann, F. y Hurrelmann, K. (comps.) *Social networks and social support in childhood and adolescence* (Berlín: De Gruyter).
- Glauser, Beano 1990 "Street children. Deconstructing a construct" en James, A. y Proust, A. (comps.) *Constructing and reconstructing childhood. Contemporary issues in the sociology of childhood* (Londres: Falmer Press).
- Hecht, Tobias 1998 *At home in the street: street children of Northeast Brazil* (Cambridge: University of Cambridge Press).
- Hernández Cruz, Onésimo 1996 "Investigación en familia", Casa Alianza, México DF, mimeo.
- Kilbride, Philip; Suda, Collette y Njeru, Enos 2000 *Street children in Kenya. Voices of children in search of a childhood* (Westport: Bergin & Garvey).
- Magazine, Roger 2000 "Stateless contexts: street children and soccer fans in Mexico City". Tesis de Doctorado, The Johns Hopkins University, Baltimore, mimeo.
- Magazine, Roger 2006 "Pareja y familia entre los llamados niños de la calle de la Ciudad de México" en Robichaux, D. (comp.) *Familias mexicanas en transición: unas miradas antropológicas* (México DF: Universidad Iberoamericana).
- Márquez, Patricia C. 1999 *The street is my home: youth and violence in Caracas* (Stanford: Stanford University Press).
- Melhuus, Marit 1992 "Todos tenemos madre. Dios también: morality, meaning, and change in a Mexican context". Tesis de Doctorado, Universidad de Oslo, Oslo, mimeo.
- Nash, Manning 1958 "Political relations in Guatemala" en *Social and Economic Studies* (Kingston) Vol. 7.
- Nieuwenhuys, Olga 2001 "By the sweat of their brow? Street children, NGOs and children's rights in Addis Adaba" en *Africa* (Londres) Vol. 71.
- Ramírez Sánchez, Martha 2003 "Ayudando en la casa: ser niño en San Pedro Tlalcuapan. La construcción local de la infancia a través del trabajo en el ciclo doméstico". Tesis de Maestría, Universidad Iberoamericana, México DF, mimeo.
- Robichaux, David 1994 "Clase, percepción étnica y transformación regional: unos ejemplos tlaxcaltecas" en *Antropología Americana* (México DF) Vol. 30.

- Robichaux, David 2002 “El sistema familiar mesoamericano: testigo de una civilización negada” en De la Peña, Guillermo y Vázquez León, Luis (eds.) *La antropología socio-cultural en el México del milenio: búsquedas, encuentros y transiciones* (México DF: Conaculta/Fondo de Cultura Económica).
- Robichaux, David 2004 “Ser indio, ser mestizo: categorías cambiantes en el México contemporáneo” en Bonetto, S.; Casarin, M. y Piñeiro, M. (eds.) *Escenarios y nuevas construcciones identitarias en América Latina* (Córdoba: Centro de Estudios Avanzados/Universidad Nacional de Córdoba).
- Robichaux, David 2005a “Identidades cambiantes: ‘indios’ y ‘mestizos’ en el suroeste de Tlaxcala” en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad* (Zamora/Michoacán) Vol. XXVI, N° 104.
- Robichaux, David 2005b “Principios en un sistema bilateral: herencia y residencia y el sistema familiar mesoamericano” en Robichaux, D. (comp.) *Familia y parentesco en México y Mesoamérica: unas miradas antropológicas* (México DF: Universidad Iberoamericana).
- Scheper-Hughes, Nancy y Hoffman, Daniel 1997 “Children at risk: Brazil. Moving targets” en *Natural History* (Nueva York) Vol. 106.
- Taylor, Lawrence I. y Hickey, Maeve 2001 *Tunnel kids* (Tucson: University of Arizona Press).
- UNICEF 1996 *II Censo de los niños y niñas de la calle, Ciudad de México* (México DF: UNICEF/Departamento del Distrito Federal).
- Wolf, Eric R. 1955 “The types of Latin American peasantry” en *American Anthropologist* (Washington DC) Vol. 57, N° 3.
- Wolf, Eric R. 1957 “Closed corporate communities in Mesoamerica and Java” en *Southwestern Journal of Anthropology* (Albuquerque) Vol. 13, N° 1.